

RONDO CAMERON, 1925-2001

GABRIEL TORTELLA

Universidad de Alcalá

Rondo Cameron murió el primer día del tercer milenio, de un ataque al corazón, después de una larga y penosa enfermedad; con él se pierde un gran estudioso de la historia económica, y una gran persona. Para quien esto escribe, además, desaparece un gran maestro y amigo.

Nacido en un pequeño pueblo de Texas (Linden), de una familia de origen escocés, Rondo fue piloto durante la Segunda Guerra Mundial, y estudió Economía en Yale gracias al llamado *GI bill*, ley que permitía la matrícula universitaria gratuita a los veteranos de guerra. Tras obtener el grado de Masters de Yale en 1949, se doctoró en Economía por la Universidad de Chicago en 1952, con una tesis sobre la inversión francesa en el extranjero, cuya investigación en París fue posible gracias a una beca Fulbright, y cuya dirección corrió a cargo de Earl J. Hamilton. Esta tesis, completada y redondeada, más tarde se convertiría en su primer libro, aclamado internacionalmente y traducido a muchos idiomas, entre otros el español y el francés: *Francia y el desarrollo económico de Europa*. En este libro se mostraban ya varias características del trabajo de Cameron: investigación minuciosa, amplitud de horizontes, excelente estilo literario, interés por la historia bancaria y por los factores culturales del desarrollo económico, y amor por Europa, y en especial por Francia.

Rondo fue profesor durante muchos años en la Universidad de Wisconsin, donde, junto con Eric Lampard, fundó el Programa Graduado de Historia Económica, en el que estudiaron tantos distinguidos historiadores económicos, casi todos discípulos suyos, como John Coatsword, Franklin Mendels, Alan Olmstead, Carlos Peláez, David Ringrose, Richard Rudolph,

y Richard Tilly. Allí tuve yo la suerte de aterrizar en 1963. En aquellos años, además de dar sus cursos y seminarios (uno introductorio llamado «Fuentes y Métodos de la Historia Económica», otro específico sobre historia bancaria) Cameron preparaba su clásico *La banca en las primeras etapas de la industrialización* (1967), en el que colaboraron Olga Crisp, Hugh Patrick, y Richard Tilly, pero cuyo autor principal fue él. Se trata de una obra comparativa, tratando de constituir una tipología rigurosa y cuantitativa de sistemas bancarios en las fases iniciales del crecimiento, con el objetivo de obtener conclusiones que permitieran hacer juicios normativos. La idea de que la Historia es el campo de pruebas de la ciencia social del que se deben obtener conclusiones positivas que pueden aplicarse a fines normativos estaba firmemente arraigada entre sus convicciones. Aunque con todas las precauciones requeridas, Cameron parecía indicar aquí en este libro que, si bien no había una «estructura bancaria óptima», en su propia expresión, sí las había mejores y peores. Como escribió algún reseñador, la sangre en esta materia pudo más que el vino, y Cameron consideró a la banca escocesa, liberal y descentralizada, como cercana al sobresaliente, y a la francesa, excesivamente centralizada y bajo la férula del Banco de Francia, como rondando el suspenso.

El número de países incluidos en *La banca en las primeras etapas* era forzosamente limitado: Inglaterra, Escocia, Bélgica, Francia, Alemania, Rusia y Japón. Unos años más tarde publicaba un segundo volumen, que no se ha traducido al español, con el título *Banking and Economic Development. Some Lessons of History* (1972), subtítulo que ya trasluce la visión utilitaria de la historia de que antes hablé. Aquí contó con un nuevo equipo de discípulos y colaboradores, y el elenco de países se amplió, especialmente hacia la periferia europea (Austria, Italia, España y Serbia), pero con un capítulo sobre Japón que es una revisión del del anterior libro, uno sobre Estados Unidos y otro sobre un estado norteamericano, Luisiana. Aunque con menos posibilidades de comparación cuantitativa, por ser menor la calidad de los datos en estos países, esta extensión de la muestra reforzó a Cameron en sus conclusiones, como queda de manifiesto en el prólogo de este nuevo libro. Sobre el tema de la banca y el desarrollo económico publicó Cameron, años más tarde, dos libros más, vastas recopilaciones de artículos: *International Banking* (1991) y *Financing Industrialization* (1992).

Un gran éxito suyo lo ha constituido la *Historia económica mundial, desde el Paleolítico al presente* (1989), ambicioso texto, producto de sus años de enseñanza y de sus copiosas lecturas, que, aunque en algunas

cuestiones idiosincrático (por ejemplo, muestra su relativo desinterés por la historia de su propio país, tan importante en todos los aspectos del mundo contemporáneo), es un libro que sólo un grande de la profesión podía escribir. Como era de esperar, su tratamiento de Europa en la «revolución industrial» —término que él aborrecía y que sólo por evitar la perífrasis empleo aquí— y después es magistral.

Pero su obra no se limitó a libros. Quizá algún día sus discípulos recojan sus mejores artículos y hagan con ellos un volumen que sin duda tendría trascendencia. Sus contribuciones a la historia económica europea, sus ensayos sobre las causas del atraso, sobre la función empresarial y del capital humano fueron realmente precursores: sus discípulos y colegas las han desarrollado, pero de ellas podría decirse lo que Clapham dijo de la revolución industrial: será un limón muy exprimido, pero todavía le queda jugo.

Su obra y su personalidad tuvieron amplio reconocimiento en la profesión. Aunque tímido y callado, era muy social, y colaboró con un enorme número de estudiosos de todos los continentes y culturas. Dirigió durante muchos años el *Journal of Economic History*, y fue vocal del Comité Ejecutivo y vicepresidente de la Asociación Internacional de Historia Económica. Fue profesor visitante en Glasgow, en París, en Santiago de Chile y en muchos otros lugares. Tras una estancia de varios años en Santiago de Chile, en 1969, la Universidad de Emory, en Atlanta, le ofreció una cátedra especial, que él aceptó. Desde entonces hasta su jubilación, y el fin de sus días, residió en Atlanta.

Los que tuvimos la suerte de conocer a Rondo no le olvidaremos nunca. Además de un gran estudioso era todo un carácter: a la vez tímido y brusco, sensible y firme, bondadoso, modesto, y enormemente honesto. Era muy exigente con sus alumnos, pero mucho más consigo mismo. Y era de una independencia rayana, en ocasiones, en la excentricidad. Odiaba las corbatas, y a partir de cierto momento dejó de llevarlas, luciendo en su lugar camisas bordadas y ciertos collares que le servían de cierre y ornamento, según él muy superiores al lazo tradicional. Su poco común nombre de pila se lo dio él a sí mismo en la adolescencia en lugar del que le dieron sus padres: le gustaba el sonido y la evocación concertística. Su aversión a la expresión «revolución industrial», tema sobre el que escribió más de un bien razonado artículo, podría también parecer original. Su amor por Escocia era proverbial, y todos los años acudía allí a las reuniones del Clan Cameron, a vestir el tartán, y a jugar al golf. Era deportista: además de al golf, jugó al tenis y esquió hasta que una fractura que se hizo en las pistas suizas le produjo una leve cojera. Era un profesor acogedor (a

lo que su esposa Claydean contribuía con devoción), que se encariñaba con sus estudiantes y les ayudaba sin reservas; cuando apreciaba a un discípulo se convertía en un verdadero amigo, y casi diría que tanto más si era extranjero. Nada tiene de extraño que haya dejado una gran escuela, porque a sus cualidades académicas unía las humanas. Profundamente demócrata, su interés por España, que Hamilton sin duda le transmitió, aumentó apreciablemente tras el fin de la dictadura y la transición; pero los historiadores económicos españoles le agradecemos lo que había escrito mucho antes, en su primer libro, sobre los bancos y los ferrocarriles españoles a mediados del siglo XIX. Viajero infatigable, nos visitó a menudo, la última vez con motivo del XII Congreso Internacional de Historia Económica (Madrid, 1998), donde fue objeto de un más que merecido homenaje.